

IX.

Al acercarme al fin de mi tarea me pregunto á mí mismo ¿qué fruto producirá tu palabra? no lo sé: tal vez muy poco, quizás ninguno: salida de boca de un hombre oscuro, lanzada en medio de un mundo agitado, revuelto como el mar en las tormentas, combatida por las pasiones, y abrumada por los intereses contrarios, perderáse como un débil eco que sulca los aires en medio de estrepitosa borrasca. Como quiera, no soltaré la pluma de la mano sin ofrecer á la consideracion de nuestros políticos, y de todos los hombres que tengan algo que perder algunas consideraciones importantes.

Una vez atacado un género de propiedad ya no es posible defender las otras: el principio asentado para legitimar la invasion de la una se extenderá igualmente á las otras; la aplicacion es obvia, las consecuencias rigurosas; y siendo tan sabrosos para la codicia y la inmoralidad los resultados de tales doctrinas, difícil será, que en presentándose oportunidad, no se aprovechen de ellas las pasiones políticas: sobre todo si llegan á ser sancionadas con un acto solemne, autorizadas con tal ejemplo. Basta dar una ojeada á la historia, basta una mirada á la revolucion francesa,

basta un recuerdo de lo acontecido entre nosotros, para conocer que en las revoluciones hay siempre una fuerte tendencia á violar la propiedad; las revoluciones no son otra cosa que grandes sacudimientos en que se hundén los gobiernos y demas instituciones; y rotos entonces todos los vínculos que mantienen trabado el órden social, toman todas las pasiones una terrible expansion, diríjense hácia los objetos, que las brindan con mas sabroso aliciente; y así como una porcion de ambiciosos escalan el poder para alcanzar renombre, y mejorar sus fortunas, así las clases inferiores elevan sus ojos hácia las superiores, é incitadas por sus propios padecimientos, atizadas por la fogosa palabra de los tribunos, y convidadas por la esperanza de mejorar de suerte, teniendo á la vista ricos y espléndidos despojos, arrójanse furiosas sobre la presa, é inundan la sociedad de sangre y de lágrimas.

En el órden social como en el físico, todo está intimamente encadenado: y difícil es que se pueda tocar un eslabon sin que se resientan todos los otros: esto ya es siempre una verdad; pero en tal estado se hallan las sociedades modernas, que lo es mucho mas respecto de ellas, pudiendo asegurarse, que es altamente peligroso todo cuanto tenga la menor tendencia á socavar los cimientos del órden, sea lanzando una idea peligrosa, sea presentando algun grande escándolo, que pueda luego ser alegado como un legítimo antecedente.

Gran parte de los gobiernos llevan en su propia forma la necesidad de un vivo movimiento; la imprenta apoderándose de las ideas y adornándolas, transformándolas, engrandeciéndolas y disfrazándolas, las propaga con la rapidez del pensamiento; ejerciendo sobre la sociedad ya de suyo ardiente como inmensa fragua, la accion del aire en acanalada y poderosa corriente: las ciencias extendidas á todos los

ramos, y sujetándolo todo á su análisis, revelan todos los flancos débiles, todos los tejidos de frágil contextura; y calentando las cabezas, y deslumbrando los ojos con brillante aparato, constituyen un verdadero poder social, de cuya influencia no pueden prescindir ni aun aquellos países, en que menos entrada han tenido las innovaciones políticas. El esplendoroso lujo, los primores y maravillas de las artes, complaciendo hasta el fastidio, la molicie y los caprichos, extendiendo, multiplicando, y aguzando las necesidades y llevando los incentivos por los cuatro ángulos de la tierra en las veloces alas de rapidísimas comunicaciones, acaban de completar la viveza y rapidez del movimiento; por manera que mirado desde un elevado punto el vasto campo de las sociedades modernas, descúbrese en él tanta vida, tanta acción, tanta variedad, tanto movimiento, tantos elementos inflamables, que el corazón se oprime de zozobra, cuando se ven ciertas ideas que á manera de chispas corren, circulan, serpean arrojando ardientes centellas sobre ese inmenso campo, donde tan peligrosa es una conflagración, donde tan grande sería la pérdida.

Creada á impulsos de la fabricación una población numerosa, que no cuenta con otros medios de subsistencia que sus brazos, sin otra garantía de ocuparlos que los establecimientos fabriles, colocada esa muchedumbre de hombres, no en la clase de los esclavos de las antiguas repúblicas, sino iguales ante la ley con los mas distinguidos ciudadanos: con sus familias miserables, pero independientes, con amplia libertad de trasladarse de lugar, de escoger la profesión, de cambiarla, de procurarse conocimientos, de ambicionar empleos; con vivo deseo de mejorar de condición, con las inclinaciones turbulentas que les inspira la misma sociedad en que viven, y la vista de algunas familias que nadan en la opulencia y

en el regalo, es evidente que andando el tiempo puede verse la sociedad en terribles compromisos, y que es indispensable echar mano de todos aquellos medios que puedan prevenirlos, y evitar todas las medidas que pudieran provocarlos.

Yo no sé si á la prevision ó al presentimiento de tamaño riesgo puede atribuirse esa tendencia general que se despierta en todas partes, á cimentar el orden, á robustecer el poder, á invocar la Religión, y á abjurar mas ó menos á las claras, los disolventes principios de una escuela de infausta memoria: pero lo cierto es que el hecho existe; y que aun en aquellos países en que mas se han arraigado las instituciones liberales, se hace sentir con notable fuerza, y se descubren visiblemente sus efectos.

Meditenlo bien esos hombres de elevadas clases, esos ricos propietarios, esos acaudalados comerciantes de quienes dependerá seguramente el que selleve á efecto el despojo del Clero: si desperdiciáis ocasion tan oportuna para impedirlo, como os ofrece el hallaros sentados en los escaños de las Cortes, y en el momento en que el Gobierno va á consultar cual es sobre eso vuestra voluntad, si lo provocáis, si lo consentís, y si en alguno de los torbellinos de la revolución se levantan un dia millares de brazos armados con el puñal, con el hacha y la tea incendiaria, si en nombre de la libertad, de la igualdad, de la utilidad pública, de la mejora de las clases inferiores, de la mayor circulación, de la mas equitativa distribución de las riquezas, se arrojan sobre vuestros caudales y haciendas, ¿qué le direis? al tribuno que acaudille á la turba feroz ¿qué le respondereis, cuando os recuerde lo que hicisteis con el Clero? su lógica será terrible porque estribará en vuestro propio ejemplo, él os podrá decir con toda verdad: *yo os despojo y vosotros me lo habeis enseñado.*

«Vuestras quejas, se me dirá, son muy fundadas, vuestras razones muy poderosas, y la causa que defendeis es sin duda la causa de la justicia, de la política y de la economía bien entendida: pero el hecho de que se trata es uno de aquellos que se consuman en medio de las revoluciones, y los hombres que manejan despues de ellas los negocios públicos, han de contentarse con derramar sobre tamaños males una lágrima estéril; pero se ven precisados á aceptar la funesta herencia tal como sea, porque del contrario seria menester entrar de nuevo en el círculo de las reacciones.» No se me oculta lo que suele decirse sobre esa materia, y que á los españoles se nos achaca como tacha de inexperiencia el no querer reconocer los hechos: pero sea lo que fuere de todo esto, observaré que no cabe aquí nada de cuanto suele decirse sobre este punto, porque al entablarse esas cuestiones, se trata siempre de hechos consumados, de hechos tales que no puedan anularse sin arrostrar grandes dislocaciones y trastornos; pero en lo tocante á la venta de los bienes del Clero secular nada de eso se verifica: todo está íntegro: no solo no se ha realizado la venta, pero ni siquiera el Gobierno se ha apoderado de los bienes; y estando reunidos los cuerpos colegisladores, y no pudiendo por consiguiente alegarse de que el Gobierno tiene las manos atadas; sino se hace una reparacion que tantas simpatías hallaria en todos los corazones españoles ¿qué es lo que faltará? la voluntad.

Una de las consideraciones que mas pesarán en el ánimo de algunos políticos, para que se inclinen á mirar con secreta complacencia la enagenacion de los bienes eclesiásticos, será el quebrantar para siempre el poder del Clero, el atajar de una vez para siempre su influencia. Al tocar este punto las ideas se me agolpan en tropel, y mi pluma se deslizaria muy veloz, si

el recuerdo de que escribo en ocasion en que todavía se está derramando sangre española, no me aconsejára alguna reserva y no me inspirára cuidadosa templanza. Me contentaré ahora con brevisimas indicaciones, y entretanto esperaremos que luzcan dias menos calamitosos para nuestra desventurada patria, arena de tantas pasiones é intereses, juguete y víctima de tantas intrigas.

Para todos los hombres que saben pensar, es indudable que por largo tiempo han de ser terribles los apuros en que se ha de encontrar el Gobierno, aun suponiendo que haya cesado la efusion de sangre: porque si bien hay en España muchos elementos de bien, andan empero tan desparramados, tan falsos de centralizacion, que no será fácil que alcancen á dominar los elementos de mal, que aunque de suyo débiles, tienen sin embargo la ventaja de obrar con unidad de plan, y apiñados bajo la correspondiente bandera. Treinta años de convulsiones, indican que hay en España alguna causa muy profunda de malestar, y echando una ojeada en derredor nuestro, notamos con espanto que la desorganizacion ha llegado á tal punto, que casi puede decirse que la sociedad está disuelta. ¿Qué alternativas, qué dislocacion tan perenne en el mismo centro del Gobierno! No dejo de apreciar en su justo valor la influencia calamitosa de la época; pero es menester mirar las cosas muy superficialmente para no ver que el mal tiene raices mas profundas. Ya se ha observado que un gobierno no puede gobernar solo: ¿y no está solo un gobierno, cuando no está sostenido por instituciones robustas, que enlazadas con ideas grandes, vigorosas, extendidas por toda la nación, forman como una base anchurosa, bien trabada, firme, sobre que pueda asentarse con seguridad la máquina de gobierno? ¿Y se verifica esto en España? qué hombre que merezca

el título de hombre de estado, podrá dudar que no sea necesario recoger, reunir, y combinar del mejor modo posible todos los medios de gobierno? ¿En qué cabeza bien organizada puede haber que sea conveniente disminuir las influencias religiosas y morales? Será menester todavía buscar nuevos elementos de disolución, quitar á esa nacion desventurada hasta el consuelo de la esperanza?

Tenemos los españoles la desgracia de que muchos de los hombres que se empeñan en dirigirnos no nos conocen, porque mal pueden conocernos cuando solamente nos han estudiado desde Paris y Londres, ó cuando mas, no extendiendo la vista fuera del reducido círculo de algunos salones de la Capital; por eso gran parte de sus proyectos, ó no encuentran aplicacion ó experimentan resistencia; y al fijar la vista en los documentos de su administracion y política que encontramos en los periódicos, ocurre desde luego la idea, de que buena parte podria muy bien acomodarse en los folletines. Como quiera andaremos sufriendo, ya que los españoles lo hemos perdido casi todo, menos el hábito de sufrir; y al contemplar ese porvenir tan nebuloso, acabará de afligirnos la amarga consideracion de que, si nuestros hombres públicos se empeñan en cerrar los ojos á lo que es mas claro que la luz del dia; por mas que haya sufrido la generacion que acaba, quizás tendrá poco que envidiar á la generacion que comienza.

FIN.



